

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Mahón, 31 de Diciembre de 1924

UNA TAZA DE TE

por la BARONESA DE DULAS

Señora, leche?
 —Sí, un poquitín, pero te, mucho te. (Le estoy tan agradecida a esta misteriosa planta.)
 —¿Misteriosa?
 —Milagrosa, si usted quiere, en su nacimiento y en sus efectos.
 —Baronesa, tiene usted el don de incitar la curiosidad. ¡Quién no está hambriento de milagros en estos tiempos positivistas! Yo no creo en ellos, pero me agradan una barbaridad.
 —¿Va de cuento?
 —Va. ¿Cierta que no conoce la leyenda de lo que tomamos en este instante?
 —¡.....!!
 —¡Ay rutinal! rutinal, por eso no cree usted en los milagros. ¡Como no prepara usted su alma para ellos!
 —¡Jaaa...!
 —¿Al menos sabrá usted qué suelo fué el primero en producirlo?
 —Claro está, el chino.
 —Algo que se parece un poco. «el japonés».
 —¿Qué aroma! ¿Cómo huele?
 —Unpiadoso eremita, llamado Dharmá, que vivió en una época remotísima, había hecho voto de no dormir nunca, para no interrumpir sus oraciones; vencido por el sueño, se durmió un día profundamente. En castigo de tal falta se arrancó los párpados...
 —¡Ay! ¡ay!
 —...Y al día siguiente, en el lugar donde cayeron, habían salido unos arbustos, cuyas hojas llevaba el solitario en la boca, y le producían esta extraordinaria y alegre excitación, que le disponían a orar con más fervor.
 —Cómo se conoce que viajó usted por el Oriente, le encanta aquello?
 —Todo es poesía, y como el alma de la mujer a ello tiende, qué de extraño resulta... además...
 —¿Otro milagro?
 —Otro milagro del te: conocí el Japón tomando en casa de la marquesa de C, esta planta exquisita.
 —Baronesa, usted sí que es exquisita y milagrosa; «en casa de la marquesa de C., en España», conocer el Japón, luego, ¿para qué emprendieron ustedes aquel hermosísimo viaje a Oriente, si le bastaban ya unas cuantas vistas?
 —¡Qué imaginación!; pero ¿quién le habló de fotografías?
 Usted no le dijo, mas... lo comprendí.
 —¡Así es cómo entienden ustedes a las mujeres! Paciencia, paciencia, «mi señor».

—¡Baronesa!...
 —Lo conocía a través de un alma.
 —¡Ah!
 —De un alma (artista, observadora) que supo comprender el temple de esos países (niños todavía, más con ansia de saber), que si les falta un algo de civilización (confort), tienen para darnos lo que a nosotros no nos sobra, «delicadeza» y «dulzura», en una palabra, alma, espíritu...
 —No me diga usted más. Cierro, convencido; no hay como el barón para conocer el Oriente, y... ¡qué bien supo escoger! Si los matrimonios de hoy fuesen como ustedes, mañana mismo...
 —Pues fué todo: una «taza de te».
 —¡Ahora creo en los milagros!

—Era una chiquilla recién puesta de largo. La escena: el primer te íntimo (de sesenta personas). Vicente me ofreció una pasta y fue a caer junto a mi cola de gasa blanca. «Hasta las pastas quieren participar de la pureza», me dijo:
 —¿Le gusta lo blanco? (le contesté,
 —Mucho, sobre todo desde que vine de los países amarillos. Tienen ellos tanto deseo, tanta ilusión por lo que carece de color.
 —¿Sí? Cuénteme algo y... ¿porqué?...

No voy a ser pesada, le dije (no al barón, sino a mi primer interlocutor); bástele saber que me contó... muchos cuentos...
 —¿Chinos?
 —No, japoneses; que si usted estuvo atento al hablar con él, habrá percibido su encanto en muchísimos momentos.

A vosotras, lectoras, os diré que me regaló un libro (que no os puedo ofrecer, porque se rompieron las hojas, pero que me ha dado la felicidad).

En él encontré «los mandamientos de la mujer japonesa», que admirablemente pueden utilizar las mujeres españolas. No hablaré de todos, voy a entresacar los que mayor bien me hicieron. ¿Cuál escogeré para el primer día que vuelva a hablar con vosotras?
 Acercar el auricular: Rur.....
 ...«No estimar al marido, ofende al cielo».

(De Las Noticias)

UN CHISTE

Dos andaluces están oyendo tocar a unos músicos muy malos.
 —Eso que han tocado debe de ser muy difícil.
 ¡Lástima que no sea imposible, compare!

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRESSE)

Los hermosos vestidos de «après-midi»

Es tan grande la variedad que se encuentra en los vestidos de tarde, que muchos de ellos pueden considerarse como vestidos de «soirée». En efecto, los que se hacen en crepé de raso o en terciopelo flexible, de color negro, se componen de hermosísimas tunicas orladas de plumas de avestruz y con lindos adornos de cintas en el vestido mismo. Los abrigos trescuartos, de color algo vago, en otomán de seda roja, orlados o no de nutria, constituyen una originalidad del mejor gusto.

Un conjunto muy elegante es también el vestido de paño, acompañado de un «paletot» de tafetán, con grandes cuadros de terciopelo.

No hay que olvidar tampoco los vestidos de sarga de seda, con cuadros oscuros, así como los de raso negro con pañoleta de muselina grosella o con adornos de terciopelo azul «roy»; los de otomán de seda; los de terciopelo impreso y también los de terciopelo con listas bayaderas.

Sobre algunos vestidos, la larga banda de tela o cinta que cuelga a uno de los costados o en la parte delantera o trasera del vestido, se forra generalmente de otro color.

He tenido ocasión de ver un lindo vestido de crepé de raso negro, cuya larga túnica orlada de losanges rojos con bordes de oro, estaba guarnecida de crepé rojo y se abría discretamente en la espalda para dejar entrever la línea del cuerpo.

Algunos modelos «tailleur»

Amables lectoras, aquellas de vosotras que habitáis países de clima más elemento que el nuestro, ¿no os gustaría llevar ya desde ahora lo que aquí no podrá usarse sino en la «démisaison»?

Pues bien, escoged para vuestros vestidos «tailleur» un género de lana de fantasía, por ejemplo, fondo crudo con pequeños filetes más claros o más oscuros. Dad a vuestro «tailleur» la verdadera forma de levita larga. Falda plizada solamente por delante, y chaleco sin mangas en jersey de lana del mismo color. No olvidad de adornar el chaleco con pequeños bolsillos.

Se podrán dar dos formas al «tailleur»: o bien como acabo de indicar en forma de levita larga, algunas veces lisa, con un solo botón y cuello estilo sastrero con ribetes muy bajos. Falda corta, simple y estrecha; o bien chaqueta un poco menos larga, derecha, cruzada por delante y dos hileras de botones. Para este segundo modelo convendría mucho las telas de lana de colores combinados sobre fondo crudo, o las fantasías de cuadros escoceses en dos colores bien armonizados.

Por otra parte, los conjuntos «tres piezas» se llevarán también mucho. En ellos el «paletot» será con frecuencia derecha y cubrirá casi toda la falda. A dichos paletots se les podrá dar, en la parte baja, un ligero ensanche muy discreto, ya sea por medio de grandes pliegues que se separan al andar, o ya sea, si se trata de sedas ligeras (éstas convienen también mucho para las faldas y tunicas), por tableros angostos y plegados. A estos pliegues se les podrá dar también la forma de abanico.

Fantasías originales

La moda, siempre insaciable de nuevos adornos y creaciones, ha encontrado en las costumbres de lejanos países y en los vestidos de pa-

sados siglos un gran elemento de explotación. Hay grandes casas de costura cuyos nuevos modelos se inspiran completamente en documentos guerreros, muchos de ellos anteriores a la Edad media. De ahí que puedan admirarse magníficas y curiosas evocaciones de sayas de maya, de armaduras, de corazas, etc., por el gran empleo que se hace del acero en todas sus formas: botones, placas, cobuchones tallados u horadados, formando fajas o grandes dibujos especialmente círculos y rombos.

Bandas flexibles de redicilla de metal semejantes a las que se emplean para las bolsas y portamonedas, hacen las veces de tunicas en la parte alta de las faldas. Se les confecciona con el borde derecho en color mate o brillante y en forma de dentadura. Pero Persia y China ejercen aún una influencia mucho más grande en lo que se refiere a los bordados, los cuales se colocan, de preferencia, en la parte baja de las largas tunicas. Así, por ejemplo, existe un delicioso modelo en crepé de raso negro formado por una larga túnica estilo mandarín, un poco amplia en la parte baja. Dicha túnica tiene un borde bastante ancho, completamente bordado de raso grosella, sobre el cual se



1. Vestido en ottoman taupe, adornado de bandas de piel blanca.
 2. Vestido de tela souple, adornado de paño beige bordado. Piel de gacela.

Lavados en seco
 Colores vivos y sólidos a la muestra
 Lutos rapidísimos
 Plisados, acordonados, wattleaux, etcétera
 Se lavan, tiñen y rizan plumas
 Lavado de renards y toda clase de pieles
 Visillos, stores, cortinajes y alfombras

TEINTURERIE A. CHATELAIN

BARCELONA

Representante en Menorca: VDA. DE J. SINTES

ANUNCIVAY, 26. — MAHÓN

La preferida de la gente chic

Ni más cara ni más barata que cualquiera de las de primer orden; pero la más pulcra, rápida y exacta

Tantas expediciones como vapores correos

ha reproducido un paisaje de plantas y follaje, entre las cuales se ven algunos tigres bordados en oro.

Evitemos las faltas de gusto

Sin duda alguna que es muy elegante y del mejor gusto la moda que consiste en colocar una flor artificial sobre nuestras pieles. Por ejemplo, una camelia o una orquídea, pero he-



Vestido de paño verde imperio, adornado de liebre gris, fourreau en lana gris

chas de manera tan cuidadosa que se les pueda aplicar la expresión: «parecen naturales».

Pero si nuestros cuellos de pieles o nuestros chalecos no son de buena calidad, guardémonos de colocarlos adornos que sólo sirven para hacer resaltar su inferioridad.

En mi opinión la simplicidad en el vestido es siempre de mucho mejor gusto que el efecto que pretenden producir muchas personas con prendas de ropa vulgares que no pueden engañar a nadie.

Volvamos a hablar de sombreros

¿Han observado mis lectoras las fases de la evolución que se ha producido ante las resistencias femeninas a llevar el pequeño sombrero alto de forma cuadrada? Pues bien, hasta los mismos modistos participan actualmente de dicha resistencia, y aunque la forma alta subsiste, comienza a cambiar de apariencia. Como de costumbre, la fantasía domina en los nuevos modelos, especialmente en cuanto a los bordes. Estos son ahora muy cortos y simplemente rectos.

Así, por ejemplo, algunos bonetes terminados casi en punta llevan o dos orejas redondeadas, o pompones de seda o un nudo de cinta. Otros terminan cerca de la parte alta, por una especie de dientes que vienen a apoyarse sobre un género diferente. En este caso la extremidad superior está constituida por un pequeño nudo plano. Otros en fieltro afectan formas irregulares y tienen por todo adorno un pequeño nudo del mismo fieltro, o bien algunas plumas de gallo. Tanto un adorno como el otro, se encuentran como incrustados en alguna de las concavidades del sombrero. Finalmente, sobre todo para los modelos ligeramente puntisguda, de la cual parten pliegues longitudinales. Desde luego que con el fieltro se pueden adoptar las formas y disposiciones más originales. Por ejemplo, poner sobre el bonete una especie de rosca que lo atraviese, o mejor dicho, que lo contornee enteramente de adelante a atrás y que siendo bastante ancho en la parte superior vaya disminuyendo. También se corta el fieltro en dos especies de paletas, que luego se cruzan en la parte alta del bonete a la manera de dos largas orejas. Esta manera de acrecentar la importancia del bonete, tanto en lo que se refiere a su altura, como a la gran variedad de su forma, comienza también a extenderse a los sombreros de terciopelo y de raso.

Algunos bonetes, igualmente muy altos y puntiagudos, son completamente flexibles y terminan en una especie de pompón o llevan a los lados manojos de «sigrettes» o largas plumas del paraíso.

UN CUENTO PARA TI

LAS UVAS DE AÑO NUEVO

La voz de él, tanta trémola de emoción: aún cuando esforzabase en aparentar tranquilidad, por la inflexión, por el tono en que dejaba caer sus palabras, podía deducir el estado de tertura, de sufrir, de cruel agonía que atravesaba su espíritu. Ella hablaba tranquilamente; su voz era débil, mortecina a veces, como queriendo rozar acariiciadora sin herirlos excesivamente los oídos de él, pero era reposada, segura a la par, con esa seguridad y firmeza, de todo lo apenador, de lo inexorable, de lo que lleva en sí un dolor inevitable, de lo que encierra un peligro inmediato, que si con la serenidad, con la tranquilidad de espíritu decrece y aminora, suaviza y mitiga el dolor del amagado, por esta misma tranquilidad se acrecientan con gigantescas proporciones los sufrimientos de aquellos que los rodean, que por su impotencia ante lo irremediable, ante lo fatalmente cierto, han de sentirse atezados por la desesperación, cruel dolor de los humanos, que en él pueden ver su insignificancia y su miseria, lo poco que son y lo menos que valen.

En el gabinete *boudoir*, preparado como para una fiesta, hallábase ella y él. El saloncillo minúsculo, amueblado con buen gusto, elegantemente decorado y abiertas a la esplendidez todas las luces, semeja un pequeño salón de saraos, pronto a una recepción, un rincón de felicidad, estuche dorado de la alegría y el bienestar. Las estufillas eléctricas caldean la atmósfera y llevan un poco de calor de vida al cuerpo de la enferma.

Ella, Marcela, está sentada en muelle y cómodo sillón: una recia manta felpuda cubre sus piernas débiles, aquellas que un día fueron sostenidas de un cuerpo gentil y elegante, tronchado, desecho ahora por la cruel enfermedad. Su rostro moreno, demacrado, tiene suaves transparencias; parece que a través de la piel tersa, sus ojos negrísimo, orladas por violáceas ojeras, con destellos vivísimos, quieren dar toda la luz que reciben del alma, y siendo impotentes las pupilas, la irradian a través del rostro bello, al que una sedosa y negrísima cabellera, peinada al gusto heleno, presta una mayor espiritualidad, un máximo encanto.

El, Fernando, ocupa una butaca minúscula a los pies de la enferma: su rostro simpático, lo contrae una sonrisa perenne, que es rictus de dolor. Nerviosamente, con cariño, acaricia con sus manos varoniles, las escualidas y macilentas de ella, aquellos esqueléticos dedos como queriendo, con el contacto, con la fricción cariñosa, dar algo de su vida a aquel cuerpo desmedrado, consumido por la fiebre, condenado a desaparecer por mandato inexorable de la cruel enfermedad, colaboradora su igual, amiga, que en vínculo indestructible por los hombres, va siempre unida, precediéndola, a la descarnada, a la incansable segadora, que con su guadaña no sabe de jerarquías, ni estados, no respeta sentimientos ni afectos, siega siempre, lo mismo en los campos óptimos y floridos de la opulencia y bienestar, que en los humildes rastros yermos y miserios de la pobreza.

Marcela sentíase feliz en medio de su inmensa desgracia. Aquella su más ferviente ilusión se había realizado: podría otra vez comer las uvas de año nuevo con su esposo, con Fernando. Verdad era y con clara intuición lo adivinaba, que aquellas serían las últimas, que con su marido comiera puesto que al desgarrar las últimas campanadas de su vida el año que iba a empezar, ella ya no existiría, sería otra vez polvo en el polvo misero, volvería a la nada puesto que de ella vino.

Pero a pesar de esta seguridad, ante la certeza de su inmenso pesar, sentíase en aquel momento dichosa, que la dicha y la ventura pueden alumbrar hasta los últimos momentos una vida y no quería, no, entristecerse, ni entenebrecer aquellos momentos que el hombre amado, iba a dedicar por entero, como si en la recordación de aquel momento feliz, tuviera que estribar, que asentar en lo futuro la ventura de su Fernando.

Levemente hablaba; sentíase locuaz y quería llenar todas las horas con su conversación, que pese a sus propósitos, era una recordación dolorosa de los días de felicidad, de ventura de dicha que al crecer inacabable, habían visto tan pronto acabada, truncada con la aparición de aquella pícaro enfermedad que se adentrara en su pecho atrofiando sus pulmones, que ya en el respirar que es vida, comenzaban a sentir la opresión, el dolor de la muerte.

Llamó Marcela y la doncella sirvió la cena, la colación, que no tenía más pretexto que el de comer los esposos las uvas de año nuevo. Ni uno ni otro tocaron apenas los manjares y

cuando faltaban minutos para caer las campanadas de las doce y ella, con los racimitos, formados por Marcela, en los que contados estaban los granos de la felicidad, enlazados por sedosas cintas azules color de la esperanza, anhelaban con extraña ansiedad que el primer aldabonazo de la lengua metálica rompiera el silencio y diera la señal, el aviso, de que un nuevo año iba a comenzar.

Una, dos, tres... lentas pero precisas fué sonando las horas el reloj y Marcela y su esposo comenzaron al mandato imperioso, a comer las elásticas uvas. Ella, Marcela, que con tanta ilusión esperaba aquel momento, sintióse de pronto como agobiada por un inmenso peso; sus manos faltas de fuerza no podían sostener la liviandad de sí mismas y el racimillo coquetón, deslizose entre sus afilados dedos, rebotó sobre la felpuda manta y desplomose sobre la alfombra, mientras los ojos de la infortunada Marcela, llenábanse de lágrimas que deslizábanse por su rostro en hilillo de plata, dejando en la nacarada faz una estela, firme estela del más eruento dolor.

—¡Marcela! — exclamó él — ¿Qué te ocurre? ¿Estás indispuesta? ¡Lo ves! Te empeñas en buscarte emociones y estas te hacen daño, gimí amorosamente Fernando.

—No, amigo mío. No son las emociones las que me dañan; son las ilusiones, las bellas ilusiones mías que con mi vida se van. Son... estas últimas campanadas que en tu compañía he oído; es todo y es nada; es mi mal que me abrumba, me mata y entristece, precisamente cuando más grande y más bella, más ampliamente me siento envuelta en el dorado manto de la felicidad.

—No te atormentes, mi Marcela. Dejemos ya estas niñadas nuestras y anda, vamos a descansar, que el sueño reparador hará bien a tu organismo delicado.

—¡Pobre Fernando! Te esfuerzas en engañarte y en engañarme; Es piadosa y egoísta tu intención, que te estimo y agradezco, pero... ¿no le has visto? Para ti Fernando es la vida: tu has comido las uvas de año nuevo, mientras que yo... ¡mira!

Y con su mano escualida la enferma señaló la alfombra moteada de manchas, sobre la que, mostrando su pulpa deshecha, había quedado el racimo trenzado horas antes amorosamente y con ilusión por Marcela.

Aconsejado, pesaroso de su falta solo explicable en su afecto, en su solicitud por ella, no acertó con la disculpa Fernando y agobiado por el dolor que a su amada causara, acercóse más, arrodillándose junto a ella, que amorosa, con sus manos finas, transparentes, acariciaba la cabellera del marido con la misma ternura que una madre prodiga las caricias al hijo adorado.

—¡Tus propios pies las aplastaron! Y no te lo reprocho Fernando; cayéronme de la mano antes de llegar a los labios. Fué la Fatalidad que así lo dispuso. Las uvas deben comerlas únicamente los que sienten ansias de ser felices, los que vialumbran en lontananza un futuro de venturas y dichas, los que en algo esperan, que mucho anhelan, los que confían, y yo, aun cuando en ti y en tu amor creo, únicamente en Dios confío, voy a Él y para alcanzar un puesto en su regazo, he sorbido ya el acibarado racimo de lágrimas, más amargas, porque te dejo a ti, solo, desamparado y frente a la vida que te llamará, para ofrendarte nuevas ilusiones, que tejerán la corona del olvido de quien tanto te amó.

—Pero... Marcela. No te atormentes con tus propios pensamientos, musitó él fervientemente emocionado.

—No me interrumpes Fernando. He de decirte, puesto que no soy tan egoísta que al separarme de ti para siempre, no sepa lo que te debo. Vé a la vida, eres joven, eres bueno, debes ser feliz y hallar en otra ventura que tu pobre enferma no ha sabido ni podido ofrendarte. ¡Casate Fernando! Pero... solo una cosa he de pedirte: cuando formes otro hogar, olvidame siempre menos en este día, que era de nuestra felicidad, de ventura, de locos ensueños y más locas ambiciones. Dedícame cada año que acabe un recuerdo en memoria de este momento y déjame nuevamente sumergida en el fondo de la cima del olvido, que no me olvidarás nunca tanto como yo te he amado. Recuérdalo Fernando, las uvas de año nuevo, mientras vivas, para tu pobre, para tu infortunada, para tu desgraciada Marcela, que la miseria de vida que le resta dírala gustosa, para borrar todo el dolor de estos momentos tan desconsoladamente tristes y que engañosamente nos prometimos ambos, felices y dichosos...

Limpieza de los dientes

Nada hay tan bello como una boca sana, pero el principal encanto de ésta consiste en una hermosa dentadura, bien sana y bien limpia.

Hay que tener presente que las muelas y dientes conservan partículas de los alimentos masticados o ingeridos, y de aquí que sean precisas frecuentes abluciones de la boca, tan completas y repetidas como la paciencia del interesado consienta, con agua tibia ligeramente aromatizada con esencia de benzol o de otros dentíficos de reconocida buena calidad. Después de estas abluciones debe procederse a una perfecta limpieza de los dientes, con lo que se evitarán las caries de éstos y otras afecciones con frecuencia muy dolorosas y siempre desagradables.

No se debe olvidar, al acostarse y al levantarse de la cama, frotar repetidas veces la dentadura mediante un cepillo no muy blando y de estructura fuerte, a fin de desembarazarlos de toda impureza. El cepillo puede ser de caucho o de pelo. Hay que tener en cuenta que la frotación debe hacerse lo mismo por la superficie externa que por la interna de la dentadura usando, si los dientes están muy juntos, mondadientes de pluma, jamás de otro cuerpo duro.

Una vez extraídos de los intersticios de los dientes los objetos extraños que en ellos se hayan acumulado y cesado que se haya formado, se efectuará con agua tibia numerosos colutorios. Finalmente, se pueda perfumar la boca con el dentífico preferido, pero teniendo siempre especial cuidado sobre el valor real de los mismos, a fin de que no contengan sustancias que atacan al marfil del diente. Es muy recomendable, además de las dos limpiezas, cuidados al acostarse y levantarse, efectuar otras después de cada comida.

Las señoras deben tener especial cuidado en no emplear los dientes para cortar los hilos, romper las cáscaras de determinados frutos, tales como nueces, avellanas, etc; pues todo ello puede producir, además de la rotura de un diente o una muela, desgastes en el marfil, lo que sería puerta abierta para las caries o bien podría alterar el brillo de los mismos, dándoles un aspecto desagradable.

Tampoco debe abusarse, si se quiere conservar sana la dentadura, de los dulces, confituras, almibares y otras materias azucaradas, como caramelos y bombones, por ser causa de las caries.

Una fórmula para preparar un buen dentífico es el siguiente:

Precipitado de creta	500 gramos
Polvos de iris	500 »
Carmín	3 »
Azúcar fino pulverizado	3 »
Esencia de azahar	5 »
Mentol	4 »

Para lavar la boca puede emplear la siguiente agua dentífica:

Anís verde	150 gramos
Girofle	100 »
Canela en rama	60 »
Esencia de menta	50 »

Se maceran dichas sustancias durante ocho días en dos litros de alcohol.

Después de filtrada puede emplearse inmediatamente.

Dr. MANHEIN

CORRESPONDENCIA

Mercedes T. — Nuestros Suplementos no se venden por separados. Adquiera o suscribase a EL BIEN PÚBLICO y podrá coleccionarlos.

Carmencita P. O. — Muy agradecidos a sus frases encomiásticas. Seguiremos los Suplementos complacidos de haber acertado al complacer a nuestras bellas y simpáticas lectoras.

SECRETARIO.

FRANZ

Mahón y diciembre 1924.

Imp. de M. Síntes Rotger. — Mahón